



NOCHEZTLI

Alicia Flores

NOCHEZTLI



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Flores

© Ilustraciones de portada: Arely I. Molina Díaz

ISBN: 978-84-19340-06-1

ISBN digital: 978-84-19340-07-8

Depósito legal: M-10980-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para el Dr. Miguel Ángel Díaz Santillana
Nom omnis moriar.

Para Toño, Miguel, Jorgito, Alicia y Eloísa.

PRIMER LIBRO

I.

CARRERA POR EL ASTRO REY

Cádiz, 20 de marzo de 1570

Dos jinetes cabalgan entre unas marismas fileteadas por el mar, cual turquesa engastada en oro antiguo. La jornada ya resulta agotadora para el par de viajeros. El istmo que une San Fernando a Cádiz parece una lágrima interminable pendiente de las barbas de Andalucía, y la dársena cierra sus postigos almorávides al ocaso. El cansancio acumulado en ocho horas a través de arbustos erizados de zarzas, arroyuelos pedregosos, campos polvorientos y acequias zigzagueantes duplica la sensación de lejanía. Cierro que los días empiezan a prolongarse, mas uno de los viajeros desearía que aquella frase pronunciada por Carlos V, «En mis reinos nunca se pone el sol», fuese literal; el astro rey empieza a ruborizarse en el horizonte.

El jinete porta en su faltriquera una orden firmada por el rey-astro de Europa, Felipe II, para abordar una goleta hacia el Nuevo Continente. Deplora en estos momentos el confortante alto para beber y descansar del que gozaron a la vera de una acequia, cuando la bahía gaditana destellaba engañosamente cercana en el horizonte. Un momento después el viajero se endereza en la silla, clava las espuelas y emprende galope sobre un serpenteante sendero trazado entre dunas con trituradas conchas de moluscos. Su compañero

se sorprende; empero, adelanta el cuerpo hasta casi tocar la cabeza de su cabalgadura y, apoyándose en punta de pies en los estribos, suelta las riendas del palomino e imagina ser una gaviota planeando entre los dos filos marítimos. El equino, percibiendo tal libertad, vuela sobre sus herraduras como alguna vez lo hizo en llanuras indómitas y alcanza la grupa de la precedente cabalgadura. Galopan así tres kilómetros, pero finalmente el jinete a la zaga aprovecha un giro del sendero para saltar una pequeña duna y adelanta su caballo dejándolo atrás por varios cuerpos.

La llegada a la puerta del Arenal de las murallas gaditanas es saludada con el flamear de los blasones carmesí que portan dos soldados que transitan el pasillo del baluarte. El guardia que custodia la puerta principal recibe con inusitada vehemencia al primer jinete cuando desmonta.

—¡Qué carrera señor!, demoramos el cierre al veros venir. En este tramo los viajeros aflojan el paso, pero pernoctar fuera es peligroso. Pasad, cerca hay una posada donde vuestro caballo repostará y vos podréis reponeros con cerveza de buen lúpulo.

—Gracias, soldados —contesta una meliflua voz femenina.

El celador mira incrédulo al jinete que baja su caperuza: se derrama una trenza bronceína como marco del rostro femenino delicado, donde brillan triunfales unos ojos grises... Su salvoconducto interregno confirma: Ana Lázara van Wissen.

—Esperemos a Damián Shepperd Salinas, médico de cámara de su majestad.

Llega el segundo jinete y descaburga al punto. Se observa treintañero, de rostro varonil y serio, ojos aceitunados y abundante cabello oscuro, barba bien afeitada con un bigote discreto; el polvo del camino dota de una engañosa pátina gris a su traje de lana azul bastante gastado. Se despoja de los guantes de cabritilla, y sus manos delicadas de largos dedos contrastan con el cuerpo gallardo y su gesto adusto. Aun tras el afanoso trayecto, es evidente que los viajeros son de origen acomodado, de manera que ya no emiten ninguna opinión.

La joven sonríe irónica.

—Y eso que entrenas con el caballerango real.

—Fuiste alumna de la abuela Leonor. Además, pesas treinta libras menos que yo; tu palomino hizo todo el trabajo.

—Olvidas que nunca me has ganado.

El hombre termina por sonreír al ver los rostros perplejos de los guardias. Muestra su documentación mientras el molinete que sube la puerta levadiza chirría, y penetran en sus pétreas entrañas. Los soldados aseguran las cadenas con candados y encienden las antorchas del segundo piso. El celador principal comenta:

—Yo nunca me casaría con una mujer que cabalgue mejor que yo.

—Ha de jinetear mejor de noche.

Ajena a sus risas maliciosas, la pareja recorre a pie la corta distancia que media entre ellos y una posada con establo. Agradecidos de poder estirar las piernas, prolongan la entrega de sus cabalgaduras en la susodicha posada y luego toman sucesivamente un baño para finalmente cenar. Picotean las albóndigas de pescado y media jarra de clarete. La auténtica hambre la satisfacen en la cama: cada uno cae rendido en su lecho de plumas de ganso y duermen profunda y paralelamente al amparo de Gadir, el puerto amurallado.

II.

EL CÓDICE BADIANO

Al día siguiente, el intendente marítimo del puerto de Cádiz recibe a primera hora a los viajeros llegados la noche anterior. Empero, Damián Shepperd —vestido de oscuro— indica a la dama que espere afuera y entra solo a la oficina.

Don Antonio de Medina y Sidonia, diplomático y exmilitar, despacha en una elegante habitación forrada de madera, decorada con mapas náuticos y un retrato del emperador Felipe con las dos infantas Clara Eugenia y Micaela. De pie, estrecha la mano de Damián y recibe sus cartas credenciales, convidando a sentarse. Comenta con cierto aire de perplejidad:

—Soy Antonio de Medina, juez oficial dependiente de la Casa de Contratación de Indias, supervisor del arribo y salida de mercancías al Nuevo Mundo. Fui compañero de armas de don Diego Hurtado de Mendoza en los Países Bajos. Ayer recibí por mensajería expedita una misiva de él que dice: «Por el poder conferido al Sello del Real Consejo de Indias, solicito todo el apoyo que le pueda proporcionar a un par de hermanos que realizará una misión secreta en las Indias». Sus salvoconductos los identifican como el doctor Damián Shepperd Salinas y Ana Lázara van Wissen Olivares... ¿Cuál es en realidad nuestro parentesco?

El cónsul saca del anaquel un vino de Oporto, pero Damián rehúsa la pequeña copa dorada.

—Buen provecho, señor intendente. En realidad, Ana Lázara y yo somos tío y sobrina por el lado materno con solo dos años de diferencia en edad, y al faltar su madre nos criamos como hermanos. Para el cabal cumplimiento de nuestra misión en la Nueva España, le solicito nos expida los documentos de embarque con nuestros nombres y apellidos españoles y *status* de mercaderes; todo esto debe permanecer en secreto. Precisamente declinamos partir de Sevilla porque, siendo puerto natural para pasajeros y mercaderías, deberíamos pasar un registro más estricto y habría fuga de información.

—De acuerdo. Este puerto es punto de partida para naos pequeñas y mercaderes poco pretenciosos que pagan un tercio de alcabala. Según las instrucciones recibidas, abordaréis una goleta pequeña como micer Damián y Ana Lázara Olivares y Cordero... ¿Saben?, solo quisiera enterarme si nuestro alguacil mayor y director del Consulado sevillano está en apuros.

—No, no conozco a tal persona. No es cuestión de dinero, sino de tiempo. Es el único transporte rápido para llegar a América y el tiempo apremia. Debo visitar diversas instituciones de la Nueva España para informar al Consejo Real de Indias. Y quisiera escuchar lo que tengáis a bien decirme, pues el ministro dijo que estáis en antecedentes del caso.

—Perdonad si las rivalidades gremiales me impiden ver una panorámica más general. El comandante me precisó que le diera referencias del Colegio Imperial de Santiago de la Santa Cruz de Tlatelolco, sito en la capital de la Nueva España.

—Sí, ahí nos dirigimos.

—Consulté el Archivo General de Indias. Tal colegio es el principal de varias instituciones similares fundadas en 1536 en la Nueva España para enseñar a leer, escribir y contar a indígenas de ascendencia noble. Tlatelolco tuvo la peculiaridad de que los frailes fundadores aprendieron náhuatl para instruir a los naturales en su lengua madre. Los profesores tardaron más en aprender el dialecto que los susodichos indígenas el castellano; fue asombroso que dichos nativos, a quienes se les califica de animales...

Damián detiene el discurso con un movimiento de la mano.

—No ha lugar el tema, Sr. Medina. Recuerde a doña Malitzin, quien aprendió español en treinta días cuando hay encomenderos que llevan cuarenta años en América sin aprender náhuatl.

—Por supuesto. Pero hay que reconocer que nuestros frailes consumaron una hazaña porque transliteraron esos ideogramas al idioma español. —Hace una pausa—. Sé que vuestra esposa es una bella novohispana descendiente del último emperador azteca. —El cónsul mira con curiosidad a la chica de trenzas rojizas que bajo el sol espera en el patio a Damián.

—Mi esposa está ahora en nuestra hacienda criando a seis chiquillos y cuidando a mi padre de edad propecta. Proseguid, por favor.

—Dios bendijo generosamente su unión... Como decía, en esas escuelas solo ingresan alumnos indígenas, hijos de señores y caciques muy principales. Como tales pueblos carecían de alfabeto, plasmaban sus ideas a través de *tlacuilos*: nativos equivalentes a los amanuenses de hoy o a los escribas del antiguo Egipto. Parece que los indios poseían un vasto acervo en distintas ramas del saber, destacando la medicina herbolaria, y lo trasmitieron de una generación a otra de manera oral. Cuando la crisis del Imperio contra los luteranos, se suspendieron los subsidios a tales colegios. Entonces salió una iniciativa de Santa Cruz de Tlatelolco para elaborar un tratado de todas las plantas medicinales novohispanas que se llama Códice Badiano...

—Estáis bien informado, esa historia circulaba solo en universidades provincianas.

—Modesto sois para ser médico de cámara del emperador. Bien, el libro original estaba dedicado al emperador Carlos V para recuperar las rentas reales, pero en esos momentos nuestro augusto soberano estaba retirado en el monasterio de Yuste, quebrantada su salud por tantas batallas libradas contra la germanía y otras desafortunadas circunstancias que favorecieron su abdicación. El libro desapareció.

Damián se encoge de hombros en actitud indiferente.

—¿Por qué mencionáis tal hecho?

—Vuestra verdadera profesión me confunde. Envían a un médico con premura a las Indias movilizándolo de recursos y rodeándolo de misterio, ¿cuál es el interés del supremo comandante de Guerra en este asunto?

El Dr. Damián Shepperd se observa incómodo ante el giro que toma la plática.

—En realidad no soy cortesano. Tal asunto debéis preguntarlo directamente a don Diego Hurtado de Mendoza. Yo solamente fungiré como visitador del Consejo de Indias y volveré a mi estancia y a mis pacientes campesinos.

—Creo que deberíais solicitar más información al respecto.

Damián abrevia la entrevista, entregando su misiva con la mirada fija en el rostro del interlocutor.

—No suelo ser impertinente. Solamente fui aprendiz de un gran doctor y requiero de vos nuestros salvoconductos. Por favor, hacedlo cuanto antes; en la premura del viaje solo trajimos lo puesto y hay que preparar menaje.

Sin decir palabra, el intendente recibe la carta, la revisa superficialmente y guarda en su escritorio, extrayendo del mismo una carta lacrada con el sello de la Armada naval.

—Ayer arribó a la bahía una barcaza fluvial que, junto con los detalles del apoyo que habíamos de proporcionarle, trajo carga adjunta para vuestro viaje: doce barricas de roble con aceite de oliva y paños de diversas especias, mismos que ya están en el muelle esperando ser embodegados. Os preparé las cartas credenciales de embarco y otra de presentación que entregará en la Villa Rica de la Vera Cruz. Ahí recibiréis instrucciones para proseguir vuestra ruta. Si requerís un préstamo a consignación de viáticos o servicios...

Damián se levanta para recibir los documentos y los guarda, contestando:

—Mis gastos personales están cubiertos. Que tengáis un buen día, señor marqués de Medina.

—Mejor travesía tengáis vuestras mercedes. Procuren reportarse hoy con el capitán Yllescas, que tiene anclada su fragata el Espíritu Santo en el astillero del puerto. Ya se hacen preparativos para zarpar a la Nueva España en cuanto soplen vientos favorables —sonríe afablemente—. Id con Dios.

El dignatario aún sonríe cuando un joven con ropajes elegantes y modales refinados aparece tras un panel doble de la biblioteca, con pluma y papel pergamino en las manos.

El cónsul sirve las dos copas, le ofrece una y se arrellana en su asiento.

—Anoté toda la conversación, aunque no parece haber nada importante.

—¿Qué opinas de este hombre, Giacomo?

—Parece muy leal a la corona y bastante templado.

—Así es. Forma parte de los rescatistas imperiales, es sobreviviente junto a un puñado de monjes guerreros del sitio de Malta, posee un vasto mayorazgo y lo más interesante es que se educó en la corte desde los 12 años; no puede ser casual el que desoyó mis insinuaciones.

—Debiste decirle que sabes que va por un facsímil del Códice Badiano.

—No, podría decírselo al comandante. Pero su hermetismo me confirma que hay un fin político tras la edición de ese libro de nigromancia indígena.

—En los círculos vaticanos se comenta que el Códice Badiano se traducirá al latín con una especial dedicatoria al papa Pío V... Se especula si se trata de inclinar la voluntad papal hacia otra dispensa para el matrimonio de su majestad Felipe II con alguna parienta suya.

—*Vox populi, vox Dei*. Tras la muerte de Isabel de Valois nuestro rey juró no volverse a casar, pero puede mudar de opinión. Ahora que ha quedado viuda María Estuardo, Felipe II tal vez dirija su mirada al norte para sellar una alianza con Escocia.

—¿Qué monarca no codicia a la bellísima reina escocesa? Pero si el previsor Felipe busca congraciarse con el papa, se va a dar un

frentazo. Nuestro flamante Pío V es intransigente. Excomulgó a la reina Isabel declarándola hereje y por razones de austeridad despidió a la mitad de su cortejo papal.

—Dominico, *cani dominis* (perros de Dios). Las anteriores uniones de Felipe no han dado resultados efectivos por su consanguinidad. A eso se atribuye la locura del príncipe Carlos, la esterilidad de María Tudor y la infertilidad de Isabel de Valois. ¿Tú crees que un médico de cámara del rey ignore que se propone contraer nuevas nupcias?

Contemplan con aire dubitativo el patio iluminado por el sol mediterráneo donde Damián se reúne con Ana Lázara.

—¿Un tío y su sobrina viajando como hermanos? ¿Tú ves semejanza física?

—Cierto aire de familia, aunque él es más bello.

—Respetaré la opinión de un consumado esteta —sonríe maliciosamente—, no quisiera oír al capitán Yllescas cuando reciba pasajeros extras a bordo.

—Antonio, ¡qué malévolo eres! Para mí es un buen hombre: creyente y piadoso, leal servidor de su rey.

—Mi querido Giacomo, no nos menosprecies, se necesita más valor para ser hombres malos, creer en Dios y servir a nuestros propios intereses.

Damián se reúne con Ana Lázara y se ve disgustado. Incorpora a su faltriquera los documentos que recibió y se apresura a conducir a su sobrina a la entrada.

—¿Qué pasa, Damián? ¿Te negaron lo que viniste a pedir?

—Por el contrario, se supone que nadie sabía a qué veníamos y el cónsul ya tenía todo preparado, mira —le extiende los nuevos salvoconductos—: «Viaja en compañía de su hermana en el carguero Espíritu Santo para entregar sus mercaderías de paños y aceite de oliva». No contento con eso, trató de sonsacarme. Esquivamos Sevilla por ser el puerto clave para el intercambio con las Indias y ahora compruebo que de Cuba a Perú circulan rumores. En todos lados hay espías, y eso me molesta.

—Vamos, Damián, cuando vine contigo tratando de entrar como oyente a los cursos de Alcalá a la cual ingresaste, me topé con un muro de rechazo. Eso fue más que una molestia.

—Lo siento, Lázara, no sabía que el reglamento de la Universidad les prohíbe el acceso de mujeres. El rey Felipe me explicó que tiene que respetar la autonomía universitaria y que, si la princesa Clara Eugenia quisiera estudiar, tendría que hacerlo con profesores privados.

—Más humillante porque es cierto. Pensé que tus influencias reales, ser ciudadana española y que mi padre fuera autor del primer libro de anatomía en el mundo me ayudarían. Dijeron que Europa es el *summum* de la cultura y las ciencias y que podría ser tratada igual que un hombre, y me encuentro a todos los estudiantes de Medicina aprendiendo del mismo libro, pero ninguno pronuncia el nombre de Andrés Vesalio. Hasta para no mencionarlo me llaman Ana Lázara van Wissen.

—Es el apellido original. Hay un condado en Alemania que...

—... heredó la viuda. Lo sé todo. Tenía 15 años cuando vi a mi media hermana, una chica pelirroja. Que lleve su legítimo apellido con donaire, yo feliz de ser Cordero y Olivares.

—No fue tiempo perdido: tuviste oportunidad de estar con papá Albert en Las Tórtolas y con mi familia en la Roca del Halcón.

—Sí, pero no deja de dolerme que tú, que sí te admitieron en la escuela de Medicina, abandones tu curso. Bastó que un mandadero con túnica fuera a hablar contigo, para traerme a galope hasta Sevilla y sin darme tiempo a nada me haces cabalgar de nuevo hasta acá «porque vamos a cubrir una importantísima misión imperial». Esperaba bienvenida oficial, escolta y viaje de primera, y ahora resulta que vamos en una nave de carga como hermanos. ¿Qué pasa?

—Si el Arzobispo de Henares supiese que le llamas mandadero, te excomulga. Tuvimos que pasar al Cabildo en Sevilla para saber con quién me iba a presentar.

—Y las dos veces me dejaste afuera.

—Te dije y te repito que a bordo te referiré los detalles del viaje. Es mejor así por cuestiones de seguridad para ambos.

—O sea, viajamos inadvertidos porque si no vamos inseguros.

—¡Por Dios, Lázara!, ya tienes 26 años, ¿podrías deponer tu actitud de niña mimada?

Ella se enfada; hasta la crencha que parte su cabello se mira enrojecida.

—Es tu típico estilo de llamarme solterona. Tú sigues prisionero de intrigas palaciegas, que yo puedo cuidarme sola. ¡Voy a terminar mis compras!

La chica se adelanta con paso apresurado, sumergiéndose entre la multitud del mercado aledaño al muelle. Hace bastante calor y los olores tradicionales del pescado y verduras en descomposición se mezclan con las fragancias de las frutas tropicales de allende el mar. El rebaño sudoroso formado de mercaderes, compradores, peninsulares, mozárabes y mujeres de clase con siervas buscando provisiones, esquiva el arroyo que arrastra inmundicias y espanta las moscas zumbantes al sol. El vocerío en distintos idiomas —donde predomina el dulce castellano— urde un tapiz de sensaciones magnificadas y entretejidas con todas las razas y productos que medran alrededor del Mediterráneo.

Damián persigue en medio de ese maremágnum las trenzas bermejas que se mueven agitadamente. Da grandes zancadas y mete el cuerpo entre los ríos de gente. Finalmente la sujeta por un brazo mientras la increpa:

—¡No vuelvas a hacer eso nunca, nunca! ¿Me oyes?, no debemos perdernos de vista el uno al otro ni un instante.

En ese momento un hombre de mediana edad, quien porta un traje ajado, con gorguera, chambergo y espada se dirige con energía a Damián:

—¡Alto, so villano! Señorita, ¿la molesta este sujeto?

Ella se encoge de hombros y declara:

—Me ha molestado toda la vida, es mi hermano.

El gentilhomme se quita el chambergo inclinándose ante ella, tras lo cual reanuda su camino al muelle. Damián, dándose

por vencido, conduce a la joven a una plazoleta menos concurrida.

—Está bien, te diré algo: vamos a la ciudad de México a recoger un libro que un sabio nativo llamado Juan Badiano tradujo del náhuatl al latín para llevarlo como presente al papa Pío V. Esta acción es muy importante para restablecer buenas relaciones con Roma, que decayeron mucho con el papa anterior. Mi buen rey Felipe quiere contraer nupcias de nuevo, pues se impone como razón de estado para seguridad del Imperio español.

—¿Y cómo saben los diplomáticos que el papa no accederá a la petición del monarca más poderoso del mundo? ¿Se lo pidió?

—No. El máximo pontífice acaba de tomar posesión y es muy conservador. Puede que considere que si un rey enviudó tres veces, sea voluntad de Dios. Pero nuestro rey contempla la posibilidad de engendrar otro hijo varón.

—De modo que estamos como la lechera, que imagina todo lo que hará con el dinero que le den por su producto y todavía no ha ordeñado las vacas. Secretos e intrigas imperan en todas las cortes y creí que tú te habías retirado del papel de mensajero.

—Lázara, olvidas que comemos el pan del rey, pero también que es un hombre tan querido por mí como nuestro padre Albert o como Vesalio. Yo he visto a Felipe en sus momentos más aciagos y aun así es piadoso, prudente y misericordioso, ¿no lo percibes tú?

—Mejor me guardo mi opinión. La pregunta es para qué me trajiste.

—Tú eres imprescindible para que esta misión salga bien. Tendremos más detalles en la Villa Rica de la Vera Cruz. Por favor, ten confianza.

—¿Cómo confiar si no sé lo que vamos a hacer?

—Porque la confianza entre hermanos es como la fe en la religión: no hay sustento científico, pero uno cree sin ver a Dios. ¿Satisfecha?

—¿Qué me satisfaga servir de cubierta doméstica a una red de intrigas?... Mi plan era pasar a Italia y ver a mi hermano Andrés.

—Por el momento, tu único hermano soy yo. ¿Te olvidas que recibimos una carta de él diciendo que irá a América en la primera oportunidad?

—Pues sí, por eso dejo que la corona española pague mi transporte. Pero para embarcar exijo tres cosas: que nos den un camarote de cubierta; que aclararás que por prescripción médica necesito un baño diario; y si el capitán o cualquier viejo pretende hacer amistad, diré que me siento mal y desapareceré... ¡Ah! y otra cosa: no me vuelvas a decir Lázara —levanta la barbilla retadoramente—, me llamo Anita.

Damián sonríe recordando cómo en su niñez ella hacía rabietas cuando la llamaba así.

—Anita, la que siempre se sale con la suya.